

que él supo honrar á mi padre Dios, á mi madre María. Imposible no querer á quien colma de gloria á nuestros padres. Lo amo porque fue amigo de los pobres y de los niños, porque fomentó las vocaciones al sacerdocio; porque nos mandó á sus hijos, providencia de nuestro pueblo, á sus hijos que, para valerme de una frase hipócrita de los impíos, me arrebataron, á mí, sacerdote colombiano, el derecho de irme de capellán al Lazareto.

Aún no podemos oficialmente llamar santo á Don Bosco; y si lo he apellidado así, sólo he tomado la palabra en su sentido más amplio, sin prevenir el juicio de la Iglesia; aún no podemos poner su imagen en los altares ni rendirle culto; pero ya es lícito conservar su retrato en nuestras casas, invocarlo privadamente en nuestras plegarias; otras generaciones le honrarán con los divinos oficios; honrémosle nosotros con la imitación de sus virtudes.

Bogotá, Marzo 25: 1908.

R. M. CARRASQUILLA

LA EDUCACION EN COLOMBIA

II

EL JOVEN

El desarrollo natural del sér, que tiende á formar el tipo completo de su especie, implica que las facultades del niño se hallen perfeccionadas en el joven; y en pueblos en donde, á favor de una tradición de siglos, se respira una atmósfera de costumbres perfectamente definidas y sólidamente fundadas, Inglaterra por ejemplo, se verifica á maravilla la ley arriba enunciada. El joven es un niño crecido en quien van ganando terreno las facultades viriles, sin marchitarse aún aquellas otras llenas de frescura con que

la niñez ha cautivado la admiración de los hombres y se ha merecido cierta especie de culto en todos los tiempos.

Tal aconteció con la generación que produjo los fundadores, los héroes, los mártires de la Patria; tal con una parte no reducida de la juventud actual, que se educa en los colegios nacionales; tal con la que ha sido compañera nuestra en los claustros del Colegio del Rosario. Mas al lado de ella se levanta otra muy diferente; y á ella van dirigidas las observaciones que siguen.

Pasando de la niñez á la juventud es imposible dejar de notar en el grupo de que tratamos un descenso; y cómo el niño es superior al joven. En el primero, buenos ó malos, se exhiben los rasgos propios á la niñez, y muchos de ellos, tales como la prontitud intelectual, se revelan en grado muy intenso. El joven dejó perder aquellas cualidades ó las ahogó voluntariamente, sin buscar en su reemplazo el desarrollo correlativo y propio á su edad. En vez del niño flácido todo el mundo espera ver aparecer al mozo vigoroso, de músculos fuertes y poderosos pulmones; en vez del niño tornadizo, al joven tenaz y constante para las fatigas; en vez del niño quizá indiferente á las ideas que no se relacionan con la curiosidad, principal móvil de su atención, al muchacho lleno de entusiasmo, de fe y de anhelo por vivir.

Aquí en realidad el joven de que hablamos ansía, espera, sueña, pero sin ansias determinadas; quiere algo, porque es imposible ahogar totalmente la voz de la naturaleza, pero sus anhelos como diluidos en matices vagos, se esfuman á la manera de las visiones de los poetas decadentes, "en la vaguedad de lo gris." Hay varias circunstancias que pueden considerarse como causas productoras de tal estado mental. Aquella ligereza apuntada en el niño y que parece propia de la raza impide, como se dijo atrás, fijar la atención: con tal aparato receptor, se tendrá al cabo de unos pocos años una serie de imágenes borrosas que se confunden, anulando todo lineamiento definido.

La expresión vulgar de la *suerte*, oída por todas partes y recibida tontamente sin que se ocurra someterla al menor análisis científico, acaba por ser parte de nuestro acervo de principios, norma de nuestra conducta.

La inestabilidad de las formas sociales que engendra la inseguridad y el descontento en los individuos, nada tiene de raro que marchite en flor todos los gérmenes de la imaginación juvenil en una edad en que se goza de una lógica natural inflexible.

¿Falta la voluntad? Es natural, porque ¿qué voluntad va á tener quien no sabe ni lo que desea? Hay desorientación en los estudios; se toma un camino después de muchas vacilaciones; se le sigue en la inseguridad, y acaba por abandonársele por otro que luégo se nos ofrece ataviado de más brillantes oropeles. Tiene que ser así, pues ni conocemos con precisión los límites del uno, ni sabemos avaluar justamente las ventajas del otro. Se inician cien jóvenes en una carrera, y en el primer año quedan relegados cincuenta, que como veleta á merced del viento, ceden al primer obstáculo.

Vagamente, como idea dominante, se desea ser rico; ¿pero se ponen los medios para conseguirlo? ¿Se busca un trabajo honrado, se lucha en él con perseverancia, se vive en la economía, con el orden y método sostenido que el hacinamiento de un capital respetable exige en cualquier país del globo? Hoy anda un joven en la indigencia, y mañana, aquel mañana que para toda fantasía juvenil aparece como una aurora luminosa, encontrará á aquel joven indolente al descubierto, en una situación tanto más falsa cuanto el presente se deja correr en el abandono y en la inercia. Porque desear vagamente ser rico, ser feliz, ser grande, ser sabio, ser virtuoso, no engendra ni la riqueza ni la felicidad, ni la sabiduría ni la virtud, sino entes sin criterio, terreno admirablemente preparado para los vicios.

Ha habido quien, confundiendo la generalización con la indeterminación, combata la filosofía que busca las cau-

sas supremas, y las ciencias que inquietan las leyes universales como ejercicio estéril para las facultades prácticas del hombre. Pero ya se sabe que ciencia es conocimiento basado en principios generales; suprimáanse éstos, y habremos hecho tabla rasa de toda la ciencia moderna, y por consiguiente de los progresos prácticos que de ellas se derivan. Fatalmente contrario á la ciencia es el estado de la mente que se llama indeterminación, que no puede engendrar otra cosa que la ignorancia. Al contrario, la ciencia, por generales que sean los principios que tome como fundamento, persigue la precisión, la exactitud, el conocimiento del caso particular. En la ciencia como en el arte lo que salva es el detalle, la habilidad de la aplicación, la resolución del problema concreto.

Y si esto sucede en el campo especulativo, ¿con cuánto mayor razón no sucederá en el campo de los conocimientos aplicados, donde sólo la experiencia, la observación, es decir, el arte aplicado con toda la infinidad de sus detalles al servicio de la ciencia, pueden hacer avanzar á la humanidad en su marcha incansable á lo desconocido? Es necesario, pues, aprender con nitidez una idea, encarnarla en una imagen de perfiles netos, saber expresarla con términos propios, conocer sus relaciones en cantidad y calidad con los entes que la rodean, y entonces se dirá que sabemos, que tenemos idea distinta; y tal idea, así conocida, engendrará necesariamente en nosotros una determinación completamente definida, favorable ú opuesta. Saldremos entonces de la indeterminación, se hará la luz en la confusión, y en vez de conatos vagos, tendremos voliciones tenaces que darán fuerza para llegar tarde ó temprano al fin que nos hemos propuesto, sabremos qué queremos y qué no queremos. Y ya formado en nosotros el hábito de precisar, vendrá el hábito del detalle y la habilidad práctica; escribir, por ejemplo, leer, ser un buen contador, hablar bien una lengua, conocer una clase de enfermedades, fabricar bien un solo producto, cultivar la tierra.

El colombiano vive en potencia de llegar á serlo todo: agricultor, comerciante, versificador, abogado, médico, ministro, buhonero, y todos disertamos á maravilla sobre cada una de estas profesiones; somos sabios universales en abstracto, diagnosticamos mejor que el mejor médico, administramos como el mejor ministro, y concebimos planes financieristas como el mejor millonario norteamericano, y pretendiendo saber de todo nada sabemos bien; y llegados á la práctica es cuando aparecen todas las deficiencias de nuestra preparación.

La vaguedad de las ideas engendra, como se ha dicho, la vacilación y la inconstancia en la voluntad, y como no puede haber labor ninguna fecunda si no está animada por la perseverancia, se tiene entonces un ánimo inútil, estado muy propio de la volubilidad femenina, pero nunca de hombres, y menos de los hijos robustos de un país que apenas empieza á vivir.

No pretenderíamos sostener que todos nuestros fracasos individuales y los colectivos que registra nuestra historia, reconozcan como única causa la confusión y vaguedad de que venimos tratando; desgraciadamente son muchas las causas que á tales resultados contribuyen; pero teniendo en cuenta las consideraciones anteriores, sí se ve claramente que aquella indefinición, que es algo así como un estado caótico del entendimiento y de la voluntad individuales, es una de las principales causas y una imagen viva de lo que ha sido nuestro pueblo, en materia de imprevisión é inconstancia.

Hemos visto el estado general del espíritu del joven, que tiene, en parte como causa natural, la ligereza mental propia de nuestra niñez; pero que en su mayor parte depende, como más extensamente se verá adelante al estudiar el hogar y el medio ambiente, de influencias posteriores y morales corregibles por la educación.

Examinemos ahora en qué grado se manifiestan sus facultades: inteligencia y voluntad; si son escasas ó si

aparecen tales porque las inhiben circunstancias que las entorpecen.

En primer lugar, en cuanto á inteligencia, la comparación del niño con el joven no deja de ser, á lo menos así nos atrevemos á juzgarlo, desfavorable en gran número de casos, para el segundo. Es cierto que el éxito no está siempre en relación directa con la potencialidad; que muchas veces con menores elementos se realizan mayores resultados; el orden y la economía hacen milagros, y ordinariamente el hombre derrocha el tiempo y la energía. Parece que cada uno de sus actos necesitara de un exceso de fuerzas de que sólo se utilizase una mínima parte. En sus obras el hombre busca el *máximum* del resultado con el *minimum* de esfuerzo, porque el esfuerzo subjetivo será tanto menor cuanto mayores sean las causas instrumentales ó la energía de que se sirve. Nada tiene de raro, pues, que por cierta tendencia natural á rehuir el esfuerzo, el joven colombiano aparezca inferior á lo que en realidad es, y que si semeja en sus facultades inferior al niño, sea efecto natural de la falta de ejercicio, porque el desuso habitual amengua toda energía; pero es el hecho que la memoria se ha opacado, el entusiasmo ha languidecido, de aquella rapidez temprana no quedan rastros en muchos de los jóvenes, y la pereza intelectual y física, como dos pesados fardos, sólo permiten semi-intenciones que difícilmente se traducen en actos.

Es verdad que con el florecimiento de los sentidos coexisten en la niñez la fidelidad y la nitidez naturales de la memoria, apogeo que pronto pasa; pero ya se trate de la memoria sensitiva y mecánica, ya de la racional y lógica, ambas llegan á ser, por la repetición y atención, hábitos del conocimiento, y en tal sentido es de esperarse un aumento diario en la persona que está cultivando su espíritu y sobre todo en la edad señalada para esta labor. Sin embargo, nada más común que oír repetir á nuestros jóvenes “yo, de niño, tenía una memoria maravillosa.”

Rara vez se halla la pereza entre los niños en forma de estado habitual que informe todos sus actos. Experimentan repulsión hacia una materia y la descuidan y abandonan, pero ordinariamente parece que llevan el alma en los ojos lista para aplicarla toda entera á la palabra, al objeto, á la idea. En cambio se ven jóvenes ya gobernados casi absolutamente por sí mismos, que asisten á sus clases como si fueran, nó á presenciar el espectáculo espiritual más hermoso que puede ofrecerse á ojos humanos: el descubrimiento de la verdad, sino como quien va á tomar una pócima nauseabunda que se tolera á más no poder por prescripción superior. Vedlos marchar á clase: se divierten con una conversación interesantísima; el más cumplido la interrumpe recordando la pesada obligación en términos que poco tienen de encomio al profesor, á la ciencia, á la carrera preferida; con tal preocupación, allí, donde un momento antes reinaba la alegría, se ha dejado caer la displicencia: se buscan las páginas con pereza, la laxitud se apodera de los cuerpos; llega el profesor; pereza para sentarse, para hablar, para recordar, para raciocinar, y quien mejor sale de la prueba es aquel que, dueño de una memoria mecánica, ha repetido, quizá sin tomar mayor sentido, á lo que dice, un párrafo del libro de texto. Nada de alegría por aprender, poca curiosidad, escasa atención. Sin embargo, tal conducta, que al cabo tiene el mismo resultado de una torpeza supina, no es estupidez; y para convencerse basta procurar alguna circunstancia anormal que levante de aquel letargo y excite el espíritu: una conferencia extraordinaria, por ejemplo; la lectura de un buen libro, un concurso, un premio, para que la escena cambie totalmente: como en virtud de una fuerza misteriosa aquellas naturalezas se aguijonean unas á otras, se aperciben para entrar en lucha, multiplican sus recursos, consultan, comparan, estudian por sí mismas, anhelan la hora, quieren discutir, y en el momento decisivo del combate es cuando vienen para el maestro las sorpresas de energías extraor-

dinarias que todos los días se codeaban con él y de cuya existencia no tenía ni malicia.

Nada produce un capital que no se pone en giro; es inútil el instrumento que no se usa; el venero de más rico metal nada vale mientras exista inexplorado en las entrañas de la tierra.

Pero ocurre preguntar. ¿De dónde tal tendencia á la inacción?

La precocidad de nuestros niños, con ser notable, no implica un gasto cerebral tan grande, que la apatía de la edad subsiguiente deba considerarse como consecuencia fisiológica suya. La acción del medio ambiente físico de la altura y del clima, con ser en general depresiva no alcanza á enervar enteramente los resortes de la actividad, y tanto es así, que en otra clase de manifestaciones, las luchas políticas por ejemplo, se dan entre nosotros muestras de energías que alcanzan la intensidad del desenfreno.

Esta atonía que algunos jóvenes revelan para toda labor metódica y constante y de que ha querido hacerse un defecto de raza, no es un rasgo natural de nuestro carácter, es un vicio adquirido, que nos invade como la maleza los campos, y que sin embargo oculta un subsuelo de savia rica y vigorosa.

La historia de Colombia se gloria con ejemplos de grandes caracteres y de generaciones de extraordinaria energía y bien templada voluntad, como fueron las contemporáneas á la Independencia; y todo aquello estaba amasado de la misma arcilla que nosotros, con todas nuestras flaquezas, con igual precocidad, idéntico clima, igual relieve geográfico.

Puesto á un lado lo que nos viene de la naturaleza, sólo nos resta lo adquirido: elementos que no estando al principio en nosotros mismos nos rodean desde niños, nos nutren y acaban por convertirse en nuestra propia sustancia. En esta categoría de causas entran todas las del orden moral, y que en forma de costumbres defectuosas asedian al individuo y ejercen sobre él una influencia decisiva.

Entre tales causas calificamos de principales los sistemas de enseñanza y la temprana relajación moral. Y en realidad, nada tiene de raro que la pereza por aprender, provenga de los métodos pésimos, ó mejor de la carencia de método con que se ha conducido la mente de la juventud desde los primeros años.

Hay en el niño una lógica y un método inflexibles: la lógica y el método de la naturaleza. Ahora, el arte por cuyos medios pretende el hombre apoderarse de aquella naturaleza y reaccionar sobre ella, será tanto más perfecto cuanto más se le acerque. No impunemente se quebrantan las leyes naturales, y todo, cuanto se gane en artificio, tras un brillo momentáneo redundará sólo en la deformación del ser natural. Así lo han probado las sectas religiosas, fundadas en los extravíos de la razón; así las modas artísticas; así las violencias ejercidas sobre los pueblos.

Y tratándose de estudios, de satisfacer una necesidad imperiosa del hombre: la de conocer la verdad, para lo cual está dotado de facultades admirables; de conocer la verdad viva, reflejo de la inteligencia suprema en las criaturas, ¿será camino recto y natural, y que consulte las necesidades reales del espíritu, olvidarse de ese mundo, de sus leyes y fenómenos, para encerrarnos en las páginas muertas de un libro? Suponed el libro más bello: allí las ideas, desprovistas de la expresión de la palabra oral que les es propia, se hallan empacadas, sepultadas como momias inertes; el libro siempre es una especie de sarcófago, en donde el contenido, por precioso que sea, tiene mucho de cadáver. Por eso perduran sobre todos los libros de imaginación, porque la imagen es algo muy cercano á la vida y en el proceso intelectual el natural engendrador de la idea.

El libro didáctico es generalmente abstracto; está concebido en un lenguaje desnudo de todo color, absolutamente ceñido con las galas de la fantasía; cargado de principios, de reglas, de definiciones especulativas que lo

hacen tan pesado, como un prontuario de fórmulas algebraicas. Para desentrañar de allí la idea viva, encarnarla de nuevo, darle forma sensible, se requiere un raro poder intelectual reconstructor, una inclinación singular al estudio, ó un hábito que sólo poseen los que consagran su vida á las disciplinas del entendimiento. Se comprende que tal labor supera á las energías en cierne de la adolescencia. Ahora, como el trabajo superior á nuestras fuerzas es doloroso, necesariamente se hace repulsivo, y es natural que la juventud asista llena de hastío á un convite donde se le ofrecen manjares que no sabe ni puede digerir.

En algunos institutos todo lo ahoga el libro, y fuera de él no se concibe nada: los objetos, la observación, los apuntes, los mapas, la conferencia, etc., no figuran para nada. Lo que se estila son lecciones, sólo de memoria, hasta que el joven se cansa y desiste, ó sobreponiéndose á todo, termina al cabo una carrera, para hallarse muchas veces al final casi perfectamente ignorante de la realidad de las cosas.

Las fatales consecuencias de la falta de un método en que figuren juntos el libro y la explicación, el ejercicio de la memoria y el de la razón, la enseñanza objetiva y la intelectual, no paran aquí; pero es tiempo de que nos fijemos en otra de las principales causas de la pereza de nuestra juventud.

Aquí en Colombia parece que se ignora que las virtudes morales tienen una razón científica de ser, fuera de las de orden sobrenatural; se palpan en el individuo y en la sociedad las consecuencias físicas y naturales del vicio, y no se comprende quizá que se hable de virtudes aun en el terreno de la pura conveniencia social.

Fuera de la cátedra sagrada, ¿dónde se ha oído hablar aquí de pureza, de continencia ó de veracidad? Abrid en cambio los libros que vienen de Europa sobre ciencias médicas y morales, y allí, aun los racionalistas, los positivistas, los materialistas mismos, en nombre de la ciencia y

de la humanidad, se constituyen en predicadores, aunque á menudo estériles por falta del elemento sobrenatural, de todas las virtudes morales. Los pedagogos, los educadores, los médicos especialistas, demuestran con evidencia aterradora los malos efectos de la disolución, aun considerado el asunto solamente en el terreno fisiológico; ponen de relieve las ventajas de la continencia, exhibiendo un espantoso cuadro, ejemplos sin número de secretas desgracias, masa inmundada que la ciencia tiene que palpar, porque forma en gran parte el interminable y triste desfile de los hospitales.

Aquí se nota como cierta inconsciencia del dolor; porque si no se atiende á motivos más altos, en nombre de las consecuencias naturales podría siquiera buscarse el cultivo de la virtud. No hay nervio ni para rechazar el mal en ninguna de sus formas. Será la excepción aquel á quien se oiga decir, por ejemplo: tengo el valor de romper con un amigo porque me pierde, reniego de tal compañía que me degrada; y el tiempo, ese precioso colaborador del hombre enérgico, se deja correr en parla insustancial, en intriguillas ridículas que forman al rededor del joven una atmósfera que lo envuelve, se apodera de él y lo marca con el sello imborrable de impotencia, de inercia, que hemos observado. Es la decrepitud á los veinte años, con toda su miseria muscular, su sequedad de corazón, su amortiguamiento de todas las facultades. ¿Podrá hallarse allí patriotismo ó entusiasmo, constancia, amor á un ideal? ¿Quién se halla ya minado en su cuerpo y en su intelecto, ¿cómo qué ánimo emprenderá una fundación en nuestras selvas? ¿Qué valor para dominarse á sí mismo, trabajar con honradez y ganarse en dura brega un capital?

Uno es el tipo legendario de los caracteres heroicos celebrados en todos los pueblos: son hombres sin dejar de ser niños: Héctor, el más valeroso de los troyanos, llora como un infante con su hijo en los brazos.

Otro muy distinto es el tipo de los pueblos decadentes: el egoísmo utilitarista, el cálculo avieso, la fórmula

diplomática, vienen á reemplazar aquellos primitivos sentimientos de lealtad y honradez por que suspira la humanidad. Bien se nota que los echa menos y que necesita de ellos, porque perdida la realidad se impone la comedia, y á falta de otra cosa mejor se ve precisada á desarrollar la ficción: entonces surgen entre el hombre y su semejante el disimulo, la hipocresía, la frase doble, el fin torcido, se ha experimentado el engaño y se entra en desconfianza: el que desconfía, á su turno trata de engañar; se miente, pero el mentiroso que empieza por despreciarse á sí mismo, desprecia todo, y aparece entonces ese sér degradado para el cual nada hay santo, y que se burla de Dios, de sus padres, de la patria, del amigo, de la mujer amada. Este ha sido siempre el tipo de las decadencias; relajado el paladar moral, todo manjar sano llega á ser insípido; florecen entonces Lucano, Juvenal, Voltaire, con el epigrama, con el ridículo. La chocarrería, el vocablo cínico, el dicho agudo, son el condimento necesario á toda conversación.

Estos dos tipos son los extremos; existen, como es fácil comprenderlo, muchos matices intermedios; pero sí hay grandes probabilidades para juzgar del grado de vitalidad de un pueblo, según se acerque á uno de estos dos polos.

¿A cuál de ellos se parece más la mayoría de nuestra juventud? No nos atrevemos á decidirlo y queremos á todo trance ser optimistas.

EL HOMBRE

Hemos llegado al punto céntrico de nuestro estudio; pues así como el niño y el joven son apenas la promesa del hombre, la familia y la sociedad no son ya el hombre solo, sino combinaciones ulteriores del individuo.

Sería de desearse que nos acostumbráramos á considerarlo siempre desde este punto de vista, que nos permite percibir al individuo, no como un sér aislado según preten-

den los individualistas, ni como una parte sin derechos en sí y perdida en el todo, como quiere el socialismo comunista, sino tal como es: un sér completo, fruto de un desarrollo orgánico á través de la niñez y de la juventud, y llamado luégo, cuando cumpla el tipo de su especie, á contribuir á la formación de la familia y de la sociedad. Tal modo de ver no está reñido con el examen en que estamos empeñados, antes se aviene perfectamente con él y nos abrirá el camino para penetrar en nuestros defectos domésticos y sociales.

Si en la juventud se espera la florescencia de las facultades del niño, en el hombre ya no bastan el color, el brillo y el perfume: se exigen frutos, y con razón. La edad viril es la edad creadora por excelencia; es entonces cuando la actividad, llegada á su máximum, necesita traducirse en obras tangibles, reproducciones del yo, tanto más perfectas cuanto más se acerquen á la plenitud de la vida.

Esta potencia creadora se realiza por mil modos diferentes, en la prolongación de la especie á través del tiempo, en los adelantos de la ciencia, del arte. Y esta facultad, que es el papel esencial del período viril de la existencia, podrá servirnos de medida para avaluar al hombre en Colombia.

La creación humana nace primeramente de una fuerza interna que lleva á la exteriorización; se realiza mediante la constancia, el método, la habilidad técnica; y reflejará en su mayor ó menor perfección el mayor ó menor grado en que se cumplen tales condiciones.

Ahora, tal facultad, en el terreno de los hechos naturales, puede decirse que es el fin supremo de la vida. El hombre es esencialmente hombre cuando crea por la materia, por el pensamiento, por el espíritu. Ordinariamente se ve forzado á consumirse en mil ocupaciones distintas, pero tales ocupaciones no satisfacen su sér porque no son su fin, sino tan sólo medios para subsistir. Necesita el hombre perpetuarse.

Todo en la vida tiende á la perfección del hombre; y ciencia, riqueza, comercio, política, no son sino medios á que apelamos con nuestra tendencia innata á hacernos cada día más hombres. Y somos hombres cuando creamos en la materia ó en el espíritu.

Ahora, juzgando, según la potencia creadora al hombre en Colombia, desde aquí podemos anunciar que saldremos á las mismas conclusiones obtenidas atrás: esto es, potencia original existe, faltan el arte y el cultivo.

La fecundidad de la raza es atributo viril por excelencia, y está á la vista que Colombia no es un pueblo estéril. Si el aumento de la población no presenta un desarrollo tan grande como se ve en otros países, los Estados Unidos por ejemplo, consiste en que faltan la inmigración y la facilidad de la vida, factores principales en aquel país; pero examinado cada caso particular se ve que, á no haber causa perturbadora de naturaleza morbosa adquirida, la mayor parte de las familias son numerosas. El pueblo colombiano es un pueblo fecundo, y si tal fecundidad es como un índice de todas las demás, hay que concluir que en Colombia hay poder creador inicial. Y así lo confirman los hechos, porque hay gran número de ingenios y de disposiciones de tal manera favorecidas, que sin cultivo alguno brotan afuera y pugnan por salir. Quizá no es exagerado decir que la mitad de la vida del colombiano se gasta en proyectos.

Se concibe, se imagina, se llegan á preparar los materiales; pero se comienza la obra y se fracasa, sencillamente porque faltan los conocimientos y sobre todo la voluntad. Por una parte, la ciencia infusa no es del orden natural, y sin estudios ni disciplina es imposible engendrar nada sobresaliente; y por otra parte, aun admitido un genio extraordinario, no llegaría á ninguna parte si careciera de perseverancia y de firmeza para trabajar hasta el fin.

Si tal acontece al genio, el talento que ocupa más modesta posición necesita, *a fortiori*, de su propio cultivo

para poseer la técnica de la ciencia ó arte que siga y del cultivo de la voluntad que se traduce en obras completas.

Entre nosotros, mal que bien, se atiende al desarrollo intelectual y técnico; á él se enderezan muchos de nuestros institutos de enseñanza secundaria y profesional; pero faltan lo que se denomina en Alemania *Gebershüte*.

De un modo empírico muy análogo al modo como se transmitían los secretos de un oficio en la Edad Media, logran nuestros artesanos iniciarse en la rutina de sus maestros. No tenemos derecho para tachar la inferioridad de los productos nacionales. Pero al cabo y aunque sea en escasa medida ha existido el cultivo intelectual de las ciencias y las artes; es decir, el estudio del entendimiento; en cambio el de la voluntad no corre pareja en muchos institutos con el otro. Se ignora que la voluntad es una potencia dinámica, que á la manera de un motor, sirve, educándola, para manejarla á nuestro antojo, y gobernarnos á nosotros mismos.

¿ De qué sirve la mayor potencia creadora inicial con tal preparación? Por eso se pierden muchos talentos entre nosotros y por eso el colombiano resulta las más de las veces muy mal preparado para la vida práctica.

Mas aquí se impone una aclaración. Vida práctica, del griego *Πρασσω*—hacer—no quiere decir sólo oficio mecánico; éstos son prácticos, pero no lo son menos los hechos nacidos por la fuerza intelectual ó moral en actividad ordenada y metódica, la realización en obras concretas de cualquier disciplina especulativa ó artística. Un trabajo científico, una obra de arte, una institución de beneficencia pública, una sociedad de temperancia, etc., todo esto es práctico, y tanto, que si por los resultados económicos se fueran á juzgar, salta á la vista que todo esto se traduce en utilidad inmediata para la sociedad.

Pero decíamos que al cabo de su juventud, el colombiano se halla muy mal preparado para la vida práctica. Observemos su conducta: supongamos que sea un agricul-

tor; es seguro, salvo honrosos casos excepcionales, que procede en todas sus labores como se procedía hace siglos, cuando la química, la física, la agronomía, la climatología no existían aún. Necesita conducir una corriente, é ignora las leyes que siguen los líquidos. No sabe la preparación ni la importancia de los abonos, y si la tierra, por carecer de alguno de sus elementos constitutivos, no lo da todo de sí, aquel hombre se dejará venir la ruina encima, sin maliciar en dónde se halla la causa de su daño. Teniendo que convertirse en productor habrá de verse en la necesidad de entenderse con la mecánica de alguna manufactura, é intentará hacerlo sin tener idea de dirección, intensidad, resultante de las fuerzas, sin barruntar los más triviales fenómenos del movimiento de las palancas. Este individuo, ó no ha abierto un libro, ó recibió una educación extraña completamente á la ocupación que ha escogido. Podría objetarse que es exagerado exigir una preparación completa para poder acometer una empresa, que para eso hay técnicos á cuyos servicios se apela. Ciertamente así sucede con los grandes capitalistas, que en virtud de sus millones no sólo explotan personalmente un negocio, sino que explotan las ajenas inteligencias.

Mas ordinariamente, el colombiano no se halla en tal capacidad, y al contrario, cualquiera que sea su ocupación, se ve forzado á hacerlo, á dirigirlo personalmente todo; á agotar los recursos de su ingenio para suplir la deficiencia del capital por una parte, y la inferioridad de los obreros por otra.

Se cree que no hay necesidad de preparación ninguna para un oficio, para una profesión, de donde resulta naturalmente el mal éxito. Y no se crea que exigimos un conocimiento profundo de cada ramo. Esto es del dominio de los sabios. Pero toda arte, todo oficio se basa en leyes, en principios generales, se apoya en una ciencia, se auxilia con principios de otras, tiene reglas especiales de su departamento particular, requiere práctica, habilidad, aprendizaje.

Con una instrucción superficial en donde no se especializa nada, con dos ó tres años de colegio, en donde quizá no se aprendieron bien las materias de que consta el bachillerato, entra el colombiano á desafiar el problema de la vida práctica.

No es extraño verlo, pues, agitarse infructuosamente á merced de las circunstancias, en espera de la buena suerte; desprovisto en absoluto de orden, de método, verlo lanzarse en empresas cuyos resultados no ha medido; afrontar el matrimonio casi inconsciente de los deberes que corresponden á un padre; admitir toda clase de cargos sin tener en cuenta las responsabilidades que entrañan, y sucumbir muchas veces honradamente, víctima de su imprevisión, verlo luégo cansado de intentonas sin éxito, entregarse á la inercia y consumirse en la inacción. Si ha sido inhábil tantas veces, ¿qué de bueno puede reservarle el porvenir? En el sinnúmero de caminos que existen para ganarse la vida en el campo honrado, ¿cuál es aquel que ha estudiado mejor, para el cual se halla mejor preparado?

Hasta aquí hemos tratado del hombre, en orden al entendimiento, fijémonos en la voluntad.

Así como todos los hombres tienen un carácter, pero sólo se llama hombre de carácter el que lo posee constante, firme, lleno de entereza, así todos tenemos una voluntad, pero de muy pocos puede decirse que sean hombres *de voluntad*, pues para llamarse tal se necesita que el hombre obre con firmeza, con método, con perseverancia.

Toda nuestra preparación en este campo se reduce á los consejos y hábitos domésticos, y en varios colegios á la rutina escolar que con la distribución del tiempo imbuje una disciplina inconsciente, pero que no trata de hacer ver al joven un plan, un norte; ni le hace conocer el fin último y los fines intermedios para que el joven lo abarque de una sola mirada, alcance á medir el camino, vea sus dificultades, pese su importancia, las arideces por que tiene que atravesar y los frutos reales que al término de la jornada se le esperan.

Se entra entonces á la vida con el hábito de regirse por la primera impresión; no se ha aprendido á consultar y obedecer á la razón, á trazarse una meta y á seguirla con firmeza. De tal manera apercebidos comenzamos la vida como hombres indecisos, incapaces de luchar, juguete de los acontecimientos, de la ajena opinión; ó si poseemos un temperamento enérgico, que se halla igualmente sin cultivo, que no ha aprendido á respetar los derechos ajenos, á transigir con la razón, á doblegarse ante los fueros de los demás, realizamos el tipo del testarudo, del intransigente, que sólo quiere oír su propio capricho y constituirlo en ley.

Estos dos tipos han existido en el país. En toda guerra, la gran masa que la sostiene y fomenta apenas hace otro oficio que el de rebaño que sigue inconsciente las proclamas de dos ó tres cabecillas. ¿Cuántas veces ha desempeñado nuestro pueblo tan desairado papel? Si vivimos sin malicia del sagrado carácter del deber, si no hemos aprendido á dominarnos por la razón y á andar por los carriles del orden, vamos pisoteando el derecho ajeno como si se tratara del acto más justo, con la inconsciencia del salvaje; ó lo que es peor todavía: avaluamos la perversidad de la transgresión; mas desprovistos de voluntad para obrar según la conciencia, es de verse cómo seguimos la corriente, hasta que al fin como partículas perdidas sin nombre, sin independencia, hablamos, pensamos, obramos, como nos enseñó á pensar, á obrar, á hablar el primer descontento audaz que quiso imponérsenos. Este hecho pone de relieve, por haberse repetido tantas veces entre nosotros, la deficiencia de la voluntad individual. Un hombre de voluntad cultivada que se rige á sí mismo, por su propio querer, se reconoce sometido á los deberes que le impone la religión que profesa, á las leyes de su patria y á su propia conciencia, pero nunca será el juguete de un caudillo, ni pensará con cabeza ajena, ni se perderá en la masa inominada obrando como un autó-mata.

Por desgracia, hay en Colombia muchos hombres que no se gobiernen así, pertenecen al tipo inconstante, desmayado que intenta y vuelve atrás, que comienza de nuevo para desistir otra vez; y por otra, hay ejemplares del obstinado, del terco, que se guía por las pasiones y no conoce la voz mesurada de la justicia. Años enteros recorridos en la incertidumbre, en un medio donde no hay unidad establecida y metódica, entre el hogar, el colegio y la sociedad, sino que cada uno de estos centros obran aisladamente, tienen que producir necesariamente el tipo que dejamos bosquejado.

(Continuará)

ALBERTO CORADINE

EN UNA COMUNION

Entre el humo del místico incensario,
En raptó inmenso de su amor divino,
Bajó el Eterno sobre el pan y el vino
Y llenó con sus glorias el santuario.

¿Santuario? ¡no! retiro solitario,
Como el pesebre de Belén, mezquino;
Y allí, cual rey entre sus siervos, vino
Y en cada corazón hizo un sagrario.

Lucen en el altar cirios y rosas,
Símbolo de las almas ardorosas
Que ató el amor con celestiales lazos,
Castas palomas que con blando vuelo
Van á saciar su generoso anhelo
Del Buen Pastor en los abiertos brazos.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO

Abril: 1908.

